

Pero con tal ahinco,
Que alguno por correr dió un falso brinco,
Y se aplastó la frente.
Otros perdieron solo el sufrimiento;
Y otros menos felices,
El camino sembraron, y no es cuento,
De piernas, ojos, brazos ó narices.
De engañar á los cuerdos ya cansada
La señora Fortuna, siempre porra,
Ganándose las vueltas como zorra,
Determinó volverse á su morada.
Mas ¡oh imprevisto caso!
Pues cuando al ir su paso
El linde á trasponer de la ancha puerta,
Tropieza con el bobo, y le despierta.
—“¡Caíste en el garlito!”
Gritó el simple, cual bollos los mofletes:
Y sin andarse en dimes ni diretes,
Con ella en casa entró: ¡bobo maldito!

*No llames, Fabio, tonto
Al que cual tú no corre tras la gloria;
Por correr mas, no llegarás mas pronto:
Pregúntaselo al bobo de la historia.*

FABULA XI.

La vida y la muerte.

EL PADRE Y SUS HIJOS.

Juntos con su padre estando
Ana y Luis una mañana,
Al plañir de una campana
Luis se santiguó rezando.

Y Ana exclamó con desprecio:
—“¡Por qué rezas?”—Y él al punto:
—“Rezo, dijo, á ese difunto.”
—“Si es que ha nacido uno, necio.”—

Y viendo afrentado al hijo,
El padre, con faz severa
Mirando á la retrechera,
Con voz solemne la dijo:

—“¡No es rara equivocacion,
Pues para ambas cosas, Ana,
Siempre una misma campana
Toca con un mismo són!”

FABULA XII.

A un gran mal otro mayor.

EL RUISEÑOR Y EL RATON.

Clamó un raton sin consuelo,
Preso en una cárcel fuerte:
—“¡Imposible es que la suerte
Pudiese aumentar mi duelo!”—
Y alzando la vista al cielo

Para acusar su dolor,
Le preguntó un ruiseñor
De un alcon arrebatado:
—“¡Truceas conmigo tu estado?”—
Y él contestó:—*No, señor.*

FABULA XIII.

Del tronco sale la rama.

EL POTRO Y LA YEGUA.

Era una yegua pia,
Que sin ánimos ya para dar coces,
A un hijo que tenia,
Así le reprendia,
Si no con estas, con iguales voces:

—“No des coces ¡impío!
Maldita sea tu costumbre ingrata:
Cual yo, modera el brio;
Ten presente, hijo mio,
Que es mala educacion sacar la pata.”—

Al decir bien el hijo,
La saludó con singular donaire,
De puro regocijo
Después de lo que dijo,
Miles de coces disparando al aire.

Y en ocasion tan calva,
Si los hallase en parte mas contigua,
Presumo que en la salva
Al lucero del alba
Y á la madre, de un par me los santigua.

—“¡De quién aprenderia,”
Siguió la yegua, “inclinacion tan basta?”
La zorra que la oia:
—“De nadie,” la decia,
“Créalo usted, vecina; esa es la casta.”

FABULA XIV.

Lecciones amargas.

EL PADRE, EL HIJO Y EL PERRO.

Bramaba el viento agitado
Cuando subian á un cerro
Un padre en su hijo apoyado,
Y detrás de ambos un perro.

Y con mortal pesadumbre
El viejo desfallecido,
Cayó ecsánime en la cumbre,
Entre la nieve aterido.

Y—“marcha, al joven le dijo,
No encuentres cual yo la muerte.”

—“Pues adios,”—contestó el hijo;
Y huyó temiendo igual suerte.

Mas desde un monte cercano,
Libre ya de todo empeño,
Vió que mas fiel el alano
Quedó á morir con su dueño.

FABULA XV.

La muerte todo lo iguala.

LA VUELTA DEL CAMPESINO.

Halló al volver con otros á su tierra
Un nuevo cementerio un campesino,
Y al cruzar por en medio del camino
Vió escrita en él esta inscripcion que aterra.
“Un PONCE DE LEON aquí se encierra:
Dobra al pasar la frente, oh peregrino,
Y acata humilde al que postró al destino,
Recto juez en la paz, y héroe en la guerra.”—

Fija la vista en los eternos bronce,
Gestos de admiracion haciendo estraños,
Dijo estasiado el campesino entonces:
—“¡Por Dios que son terribles desengaños!
—¡Quién les dijera á los ilustres PONCES,
Que aquí enterré yo un burro hace dos años!”

FABULA XVI.

No hay dicha cumplida.

EL PLACER Y EL PESAR.

Al descender al mundo
El pesar y el placer, fuerte el primero
Y débil el segundo,
Con afecto profundo
Llamáronse uno al otro “compañero.”

Sucedió que un cualquiera
Encontrando al placer, con fuertes lazos
(Por fuerza que un tonto era)
Le estrechó de manera,
Que por poco el placer muere en sus brazos.

Y no cometió dolo.
Ya que pudo, en gozarle, el buen mancebo,
Pues juro por Apolo
Que si le hallara solo
Le dejara este cura como nuevo.

Al verse así ultrajado,
Para el mozo el placer pidió un castigo,
Y el pesar decontado
De dolores cercado
Voló en defensa de su flaco amigo.

—“¡De hoy nos verá la gente,”
Con amor, se dijeron, sin segundo,
“¡Juntos eternamente!”—
Eterna y juntamente
Desde entonces acá los halla el mundo.

*Por eso, si por suerte
Ves como el mozo, al que placer se nombra,
Apercibido advierte
Que para herir de muerte
Recatado el pesar vela á su sombra.*

FABULA XVII.

Bienes prometidos.

El mundo al empezar, si bien me fundo,
Júpiter trajo al mundo,
Para dar por igual á los mortales,
En una arca los bienes
Y en otra arca los males.
Cojió el arca primera
(Que por mi mal la de los males era),
Y el censo atroz de los odiosos males
Distribuyendo con piadoso intento,
Ciento á Luis, ciento á Juan, y á Ramon ciento,
Quedamos, salvo error, todos iguales.

Abrió el arca segunda
Y tanto criminal (que Dios confunda)
Acudió á ver los bienes, que brillantes
Lucian cual riquísimos diamantes,
Que al fin los mas bribones
Entraron de robar en tentaciones.
Por detrás un avaro sin decoro
Sustrajo bienes mil (mil onzas de oro);
Y un alcalde (un truhán) dando pisadas,
Diez bienes se apropió (diez alcaldadas):
Aquí un lascivo su placer coronó
Con una vírgen que aspiró á matrona;
Allí un poeta (un cándido, presumo)
Tan solo robó un bien (la gloria; ¡humo!),
Y un ruin magnate, de nobleza rancia,
Veinte bienes sustrajo sin conciencia,
Reducidos, en última sustancia,
A diez y nueve cruces y un vucencia.
Tantas eran por fin las sustracciones
De ambiciosos, de avaros y ladrones,
Que Júpiter atándose la capa
(Lo que prueba la fé de los humanos)
Andaba con los piés y con las manos
Por aquí y por allí tapa que tapa.
Al ver tanta ruindad en los mortales,
Por último el buen dios perdió la calma,
Y, llevándose el arca en cuerpo y alma,
Dijo, al cerrar las puertas celestiales:
—“Yo juro por esta arca que ahora encierra
Los bienes que el mortal anhela tanto,
De no sacar un bien ni aun para un santo,
Hasta que no haya infames en la tierra.”

Dijo así el dios; y el diablo que lo oía
(Pues siempre anda del hombre en compañía),
Gritó á la gente, que se vió burlada,
Lanzando una insolente carcajada:
—“Noble mortal, mi digno descendiente
(Lo cual nunca en tus actos se desmiente),
El dios que escuchas, de inocencia lleno,
Sus bienes te promete, *en siendo bueno*:
Si hasta entonces no aguardas otros bienes,
Acuéstate á dormir, que *tiempo tienes*.”

FABULA XVIII.

Principio y fin de las cosas.

EL LABERDOR Y LA MORERA.

Primera parte.

Juan plantó una morera,
Que todo el que á algun tiempo la veía,
Con la fe mas sincera
Loando sus primores, prorumpia:
—“¡Bien haya el hacedor de tal hechura!
¡Qué flor, qué tronco, qué hoja, qué verdura!

De seda unos gusanos
Sus hojas agotaron roedores,
Y con dardos insanos
Dieron fin las abejas á sus flores;
Dejando el árbol de tan ruin manera,
Que Juan lo hizo cortar. ¡Adios morera!

Así, en suertes no iguales,
Llegaron con destino bueno ó malo,
Las flores á panales,
Las hojas á ser seda; á efigie el palo:
Pues os advierto que en mudanza tanta
Del rudo tronco Juan hizo una santa,

Y cual de la morera
Tuvieron hoja y flor vario destino,
De la misma manera
Los hombres tienen encontrado sino;
Que el destino es instable como el viento—
Mas basta de moral, y siga el cuento.

Segunda parte.

A mi lugar un día
La gente se agolpó de la comarca,
Do festejar solia
La vírgen que llamamos de la Barca;
Santa que yo adoré, santa que aun era
La misma que hizo Juan de la morera.

Y á través de un concierto
Que en el templo sonaba en alto coro
(Bastante mal por cierto),
Sin oír lo sonoro ó no sonoro,

A una vela escuché, no sin trabajo,
Que decia á la santa por lo bajo:

—“¿Cómo estamos, hermana?
Yo soy hija tambien de la morera.
En mi suerte tirana,
Fuí flor, llegué á panal y ahora soy cera.
¡Quién al ver la morera nos diría,
Que al ser lo que eres, lo que soy sería!”

—“Su desden me acongoja.”
Dijo el vestido de la santa entonces;
“Llegué á seda desde hoja,
Y sus oídos para mi son bronces.
¡Nadie creería, al verme en la morera,
Que de un santo del tronco el traje fuera!”

—“Calle el necio ropaje,
Pues le doy tanto honor,” dijo la santa:
“Y cuide no me ultraje
La innoble cera con locura tanta.
¡Las parleras!... las muy... ¡Ave María!
¡Qué hay de comun entre las tres?” seguía.

—“¡No ven”, las fué diciendo,
“Que hasta el mismo escultor que me ha labrado
En acto reverendo
Me tributa oblation con noble agrado?”—
Y era verdad, que con amor profundo
Hasta oraba el buen Juan. — ¡Cosas del mundo!

Si empieza la existencia
Los seres al nacer mostrando iguales,
En nuestra adolescencia
Ya veis que unos son seres celestiales,
Ante los cuales los demás oramos.
¡Mas cuál de todos será el fin? Veamos.

Tercera parte.

A la vela inflamada,
—“Llega,” dijo el vestido, “hermana mía,
Y nuestra suerte airada
Será así igual hasta la tumba fría.”—
Llegó la vela el labio enrojecido,
E inflamado á su luz ardió el vestido.

Crujió entonces la seda;
Y arrojando las chispas á millares,
Fué ardiendo en ignea rueda
Seda, blandon, imágenes y altares;
Siendo al fin, calcinado su ornamento,
Juguete vil del agitado viento.

¡Así en la humana vida,
Si á unos el hado en ídolos convierte,
Mientras que envilecida
La plebe es templo y luz... llega la muerte.
Y confunde, con bárbaros ejemplos,
Aras, ídolos, luz, galas y templos!

FIN DEL LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

DOLORAS.

PROLOGO.

CARTA—CONTESTACION A D. ALVARO ARMADA Y VALDES, CONDE DE REVILLAGIGEDO.

MUCHO agradezco las lisonjeras espresiones con que califica V. las últimas producciones que he tenido el honor de someter á su buen juicio, y con el mayor placer voy á dar á V. algunas esplicaciones sobre la palabra DOLORA.

Dice V.—“que no le agrada el término DOLORA, porque como no le halla ninguna etimología, nada revela á su razon, y que por consiguiente no tiene para V. mas mérito que el de cualquier otro sonido informe.”

Antes de contestar á esta observacion, quiero enterar á V. del género de poesía al cual aplico yo la palabra en cuestion.

Hace tiempo que deseaba ensayarme en una clase de composiciones, en las cuales, así como en una semilla van contenidas todas las partes de un árbol, se reuniesen en ellas los principales atributos de la poesía lírica, uniendo la ligereza con el sentimiento, y la concision con la importancia filosófica. Como sucede generalmente, la ejecucion no ha correspondido á la belleza del tipo que me habia formado en la mente; pero esto importa poco, pues si yo no he hecho mas que formular de un modo imperfecto el pensamiento que acabo de indicar, otro vendrá detrás que mas dichosamente reduzca á práctica lo que yo he tenido la desgracia de dejar solo espuesto en teoría.

Me dice V.—“que yo no he trazado ninguna senda nueva, pues ya ha habido escritores que en algunas de sus poesías reunieron las cualidades que yo creo indispensables para constituir la DOLORA.”

Efectivamente, algunas de las poesías ya escritas pertenecen por su concepto y por su espresion á esta clase de composiciones; y sin pretender yo

haber descubierto ninguna idea perdida en los abismos del pensamiento humano, lo único que me he propuesto al escribir las DOLORAS ha sido reducir á sistema un género de poesía, en el cual algunos autores solo se han ensayado inconexa é incidentalmente. Creo que la poesía, por muy selecta que se ostente en sus formas esteriore, siempre debe atender á agrandar el catálogo de verdades conocidas; y fundado en esta creencia he escrito estas DOLORAS que, aunque sean muy imperfectas, se puede decir de ellas para que sirva de base para su definicion ulterior:—“Que deben ser unas composiciones ligeras en sus formas, y en las cuales *indispensablemente* tiene siempre que presidir un pensamiento filosófico.”

Esta es la historia del género de poesía.

Volvamos ahora á la historia de la palabra.

—“¿Qué significa DOLORA?” me pregunta V. en el primer párrafo de su carta. Respuesta: “Significa una composicion poética, en la cual *se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento, y la concision con la importancia filosófica*. ¿Y por qué significa eso?”—vuelve V. á preguntar, suponiendo con acierto mi contestacion. Respuesta: “Porque yo quiero que lo signifique.”

Hay un argumento que no tiene réplica, y se lo voy á presentar á V. porque resulta en mi abono.—O la DOLORA es un género nuevo de poesía, ó no lo es.—Si lo es, la palabra que signifique ese género, tiene que ser nueva enteramente; y en este caso poco le debe importar á nadie que la palabra pertenezca al reino animal, vegetal ó mineral etc.: y si no lo es, tampoco hay nada perdido, pues cualquiera tiene el derecho de dar á las DOLORAS un segundo bautismo, aplicándolas el nombre del género de poesía conocido, al cual crea que pertenecen.

Despues de dicho lo que antecede, me parece superfluo todo cuanto se pudiera añadir sobre este particular.

A pesar de todo, no dejaré la pluma sin hacerme cargo del fundamento que V. cree que yo he